



Scott Turow

Errores reversibles

«Como John le Carré, Scott Turow es un escritor de primera categoría.»

The New York Times Book Review

Rommy «Ardilla» Gandolph es un preso en el corredor de la muerte por un triple asesinato que perpetró en 1991 en el condado de Kindle. El lento progreso hacia una ejecución incuestionable está a punto de llegar a su fin cuando Arthur Raven, un abogado que se ve obligado a convertirse en el representante de Rommy, se entera de que cabe la posibilidad de que otro preso tenga pruebas nuevas que puedan exonerar a Gandolph. La contrincante de Arthur en el caso es Muriel Wynn, la formidable teniente fiscal del condado de Kindle. Muriel y Larry Starczek, el detective original del caso, tienen muchas razones para querer que Rommy no escape al destino que ellos determinaron que se merecía años atrás. Y todavía complica mucho más la situación el hecho de que Gillian Sullivan, la juez que declaró culpable a Rommy en un principio, acaba de salir de la cárcel después de haber cumplido condena por aceptar sobornos.

Error reversible

Error legal cometido por un tribunal, de tal gravedad que el tribunal de apelación que revisa el caso debe anular la sentencia del anterior tribunal. En consecuencia, este último se ve obligado a desestimar la causa, a llevar a cabo una nueva vista o a modificar su decisión.

PRIMERA PARTE

Investigación

Abogado y cliente

20 de abril de 2001

El cliente, como la mayoría de los clientes, aseguraba que era inocente. Estaba previsto que muriera en treinta y tres días.

Arthur Raven, su abogado, se empeñaba en no preocuparse. Después de todo, razonó Arthur, ni siquiera se había ofrecido voluntario. En lugar de eso, el Tribunal Federal de Apelación le había obligado a asegurar que tras diez años de litigio no quedara ni un solo alegato bien fundado que pudiera salvarle la vida a Rommy Gandolph. Las preocupaciones no formaban parte de su trabajo.

De todos modos, estaba preocupado.

—¿Perdón? —le preguntó Pamela Towns, su joven asociada, desde el asiento del conductor. A Arthur se le había escapado un gemido de angustia al enfrentarse, una vez más, a sí mismo.

—No es nada —respondió Arthur—. Sencillamente odio que me hayan asignado el papel de perdedor.

—Entonces no deberíamos perder.

Pamela, con la sonrosada apariencia de una presentadora de informativos, esbozó una alegre y amplia sonrisa.

Se encontraban lejos de la ciudad, alcanzando una velocidad de cruce de 130 km/h en el nuevo sedán alemán de Arthur. Por esa zona, la carretera era tan lisa y tan recta que ni siquiera tenía que corregir el volante. Las tierras cultivadas de la pradera discurrían velozmente a su alrededor, rastrojos y margas, silenciosos y eternos a la pálida luz de la mañana. Habían salido del centro de la ciudad

a las siete con el fin de evitar el tráfico. Arthur esperaba mantener una breve conversación introductoria con su nuevo cliente, Rommy Gandolph, en la cárcel estatal de Rudyard y estar de vuelta en su despacho antes de las dos, o de las tres, en caso de que decidiera correr el riesgo de invitar a comer a Pamela. Era sumamente consciente de la cercana presencia de la joven, del cabello rubio oscuro que le caía con dulzura por encima de los hombros, y de la mano que se deslizaba hacia el muslo, cada cierto número de kilómetros, para estirarse la falda de cuadros escoceses.

Aunque deseaba complacerla, Arthur abrigaba muy pocas esperanzas con respecto al caso.

—A estas alturas —apuntó—, según la ley, lo único que podría hacer para que se considerara un error reversible sería encontrar pruebas nuevas de su verdadera inocencia. Y eso no va a suceder.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Pamela.

—¿Que cómo lo sé? Pues porque ese hombre se confesó ante todo el mundo; solo le faltó hacerlo ante el *Daily Planet*.

Diez años antes, el señor Gandolph se había entregado a la policía, le había presentado una declaración manuscrita a la fiscal Muriel Wynn y, por último, había grabado su confesión en una cinta de vídeo. En cada una de esas ocasiones, había reconocido ser la persona que había disparado contra dos hombres y una mujer, y los había dejado en la cámara frigorífica de un restaurante, en un caso que todavía se conocía, según las palabras moderadas de la prensa, como «la masacre del 4 de julio».

—Bien, por teléfono no ha parado de repetirme que era inocente —replicó Pamela—. Es posible, ¿no es verdad?

Para Arthur, que había sido teniente fiscal antes de empezar a trabajar hacía siete años para O'Grady, Steinberg, Marconi y Horgan, esa era una posibilidad que no podía contemplar ni remotamente. Pero Pamela, a sus veinticin-

co o veintiséis años, simplemente empezaba a ejercer la abogacía. Salvar a un cliente inocente era el tipo de aventura que había imaginado en la Facultad de Derecho, cabalgando, cual Juana de Arco, hacia la resplandeciente Justicia. En lugar de eso, había optado por un importante bufete de abogados y por ciento veinte mil dólares al año. Sin embargo, ¿por qué no tenerlo todo? Bueno, no se podía culpar a las personas por sus fantasías. Dios sabía que Arthur Raven era consciente de ello.

—Escucha lo que encontré en los informes de libertad condicional de Rommy —dijo Pamela—. El cinco de julio de mil novecientos noventa y uno fue condenado por haber violado la libertad condicional. Los asesinatos fueron perpetrados el cuatro de julio. Por lo tanto, eso significaría que estaba en la cárcel, ¿no es así?

—Significaría que en algún momento había estado en la cárcel, pero no necesariamente el cuatro de julio. ¿Indica su ficha policial que estuviera en la cárcel el cuatro de julio?

—No, pero es algo que podríamos investigar, ¿no crees?

Habría sido algo para investigar diez años antes, cuando todavía existían los documentos que podían demostrar que existía un contrasentido. Sin embargo, era probable que el Tribunal Federal de Apelación le concediera a Gandolph una breve suspensión de la ejecución de la sentencia, período durante el cual Arthur y Pamela se verían obligados a sumergirse en una obstinada e inútil persecución en pos de esta teoría fantasma.

Afligido por la perspectiva de tener que perder más tiempo, Arthur subió ligeramente la vara de control de crucero con el codo, y sintió cierta satisfacción por la buena respuesta del automóvil. Hacía siete meses que se había comprado el coche, como una especie de premio por haberse convertido en socio de su bufete de abogados. Era uno de los pocos lujos que jamás se había permitido,

pero tan pronto como le había dado la vuelta a la llave, había empezado a sentir que estaba siendo poco respetuoso con el recuerdo de su padre, que había muerto hacía poco; había sido un hombre afectuoso, aunque la frugalidad espartana era una de sus excentricidades.

—Y escucha esto —le iba diciendo Pamela. Había sacado la ficha policial de Rommy de la gruesa carpeta que reposaba sobre su regazo y leía las anotaciones en voz alta. Gandolph era un ladrón y un perista. Le habían condenado unas seis veces: por allanamiento de morada, por robo, y varias veces por tenencia de objetos robados—. Pero sin pistola —remarcó Pamela—. Sin violencia. Sin víctimas femeninas. ¿Cómo es posible que de repente se convierta en un violador y en un asesino?

—La práctica, la práctica, la práctica —respondió Arthur.

Por el rabillo del ojo, vio cómo toda la boca de Pamela se curvaba ligeramente hacia abajo. Lo estaba estropeando. Como siempre. Arthur no sabía con exactitud en qué se había equivocado con las mujeres para seguir soltero a la edad de treinta y ocho años. Se daba cuenta de que el aspecto físico era una razón. Había tenido el decaimiento y la palidez propias de un cuarentón desde que fuera adolescente. En la Facultad de Derecho, vivió un fugaz y doloroso matrimonio con Matjya, una inmigrante rumana. Después de aquello, durante un tiempo no hubo ganas ni tiempo para empezar de nuevo. Se había consagrado de tal modo al derecho, había invertido tanta energía y tanta pasión en cada caso, había pasado tantas noches y tantos fines de semana trabajando, en los que en realidad se sentía contento de estar a solas para poder concentrarse... Y las preocupaciones por la anunciada muerte de su padre, por lo que sucedería con su hermana, Susan, también le habían consumido a lo largo de esos años. Pero ahora que buscaba el menor indicio de que Pamela estuviera interesada en él, se sentía humillado por su propia estupidez. Sus esperanzas respecto a ella eran tan inverosímiles co-

mo las que ella abrigaba hacia Gandolph. Sentía la necesidad de acabar con ambas.

–Mira –dijo Arthur– nuestro cliente, Gandolph. ¿Rommy? Rommy no solo confesó de inmediato y repetidas veces, sino que cuando fue ajuicio, su defensa se basó en su demencia. Y para eso hizo falta que su abogado admitiera que Rommy había perpetrado el crimen. Después tenemos diez años más de apelaciones, recursos posteriores a la sentencia condenatoria y trámites para el *habeas corpus*^[1], con dos grupos diferentes de abogados, y resulta que ninguno de ellos menciona siquiera que Rommy sea el hombre equivocado. Por no hablar del propio Rommy, que tan solo recordó que no lo había hecho él cuando faltaban unos cuarenta y cinco días para que le clavarán la aguja. De verdad, Pamela. ¿Crees que les dijo a los abogados anteriores que era inocente? Todo preso conoce este juego: abogados nuevos, historia nueva.

Arthur sonrió, tratando de parecer un hombre de mundo, pero la verdad era que nunca se había acostumbrado del todo a las artimañas de los criminales. Desde que abandonara la Fiscalía, Arthur había hecho de abogado defensor muy pocas veces, solo cuando se sospechaba que algún cliente asociado al bufete, o algunos de sus jefes, había tenido algo que ver con algún caso de irregularidad financiera. El derecho que solía practicar en pleitos civiles era más pulcro y satisfactorio: ambas partes maniobraban y esquivaban minúsculos conflictos de asuntos económicos. Sus años de fiscal le parecían una época en la que cada día le habían asignado limpiar un sótano inundado en el que las bacterias coliformes y el hedor de las alcantarillas lo pudría prácticamente todo. Alguien había dicho que el poder corrompía. Pero esta máxima también podía aplicarse a la maldad. La maldad corrompía. Una simple locura, un episodio brutal de psicopatología que supera los límites de lo que cualquiera podría imaginar: un padre arrojando a su hijo por la ventana de un décimo

piso, un antiguo alumno que obligó a un profesor a tragar lejía, o alguien como el nuevo cliente de Arthur, que no solo asesinó, sino que también sodomizó uno de los cadáveres. La purulencia de esos actos corrompía a toda persona que se encontrara cerca. Policías. Fiscales. Abogados defensores. Jueces. Ante estos horrores, nadie reaccionaba con la imparcialidad que presuponía la ley. Había una única lección: las cosas se desmoronan. Arthur no abrigaba ningún deseo de regresar a ese reino en el que el caos siempre era inminente.

Quince minutos más tarde ya habían llegado a su destino. Rudyard era una pequeña ciudad parecida a muchas otras del Medio Oeste: el centro estaba formado por algunos edificios oscuros, todavía ennegrecidos por el hollín del carbón, y varios hangares de estaño con tejados de plástico corrugado que servían para albergar diversos útiles agrícolas. En las afueras se estaba construyendo una especie de miniurbanización, con centros comerciales a cielo abierto y casas prefabricadas, resultado de la seguridad económica que les proporcionaba un sector industrial esencial y poco común: la cárcel.

Al doblar la esquina de un barrio de ensueño con arces y pequeñas casas de madera, las instalaciones aparecieron de repente al final de la manzana, cual monstruo de película de terror que saliera inesperadamente de un armario, casi un kilómetro de edificios de ladrillo amarillo conectados al azar, notables por la estrechez de sus pocas ventanas y que rodeaban una vieja estructura de piedra lo bastante sólida para haber perdurado desde la Edad Media. En los alrededores no solo se alzaba un muro de ladrillo de tres metros de altura, sino que también había un foso cubierto de grava dotado con unos prominentes pinchos de acero inoxidable, y un poco más allá, un tramo de alambrada de metro y medio de anchura con espirales de afiladísimo alambre que brillaba al sol.

En la garita de entrada a la cárcel, firmaron en el registro y luego les condujeron hasta un banco maltrecho para iniciar la larga espera hasta que Rommy fuera conducido ante ellos. Allí, el ritmo rara vez era apresurado. Durante la espera, Arthur repasó la carta de Rommy que le habían hecho llegar por medio de varias manos intermediarias en el Tribunal de Apelaciones. Había sido escrita con una mezcla de letras, con rotuladores de varios colores y otras rarezas que ni siquiera podían calificarse de infantiles. Con solo mirar la carta ya se veía que Rommy Gandolph estaba tan desesperado como loco.

Estimado Juez:

Estoy en el CORREDOR DE LA MUERTE por un Crimen que nunca perpetré. Me Dicen que ya no puedo volver a Apelar, y todo se ha vuelto contra mí a pesar de que soy inocente. Los abogados que habían iniciado mi defensa en el Estado me contestan que YA no me pueden RePresentar por las LeYes FeDerales. ¿Qué puedo hacer? Se supone que el día de mi ejecución es el 23 de mayo. No puedo conseguir ni una suspensión ni nada hasta que se protejan mis derechos como detenido, pero no tengo abogado, ¿no es verdad? ¿Qué puedo hacer? ¿No puede aYudarme NaDie desde allí afuera? Van a matarme, pero yo nunca le he hecho daño a nadie, ni en este caso ni en ningún momento que Ahora sea capaz de recordar. AYÚDEME. ¡Nunca HE MATADO A NADIE!

El Tribunal de Apelaciones de Estados Unidos había dictado una orden judicial por la que consideraba la correspondencia de Rommy Gandolph una petición reiterada de desagravio bajo el amparo del estatuto federal de protección de los derechos del detenido y, en consecuencia, le había asignado un abogado: Arthur. Los jueces a menudo usaban su varita mágica al azar para convertir a un sapo más bien reacio –un abogado ocupadísimo– en un príncipe *pro bono*, con un nuevo cliente, exigente e insolvente, y a quien debía aceptar de acuerdo con las nor-

mas procesales. Hay quien podría considerar que dicho nombramiento era un cumplido, puesto que el tribunal le pedía a un antiguo y respetado fiscal del Estado que administrara el equivalente legal a los últimos sacramentos. No obstante, era una designación onerosa para alguien que ya tuviera una vida demasiado llena de preocupaciones.

Al final, pronunciaron el nombre de Rommy. Pamela y Arthur fueron acomodados en la sala de espera, y luego se abrió el primero de muchos cerrojos electrónicos; mientras seguían al vigilante, una puerta con cristal a prueba de balas y barrotes de hierro rechinó, inexorable, a sus espaldas. Habían pasado muchos años desde que Arthur pusiera los pies por primera vez en una cárcel, pero, en cierta manera, Rudyard era atemporal. En cambio, la forma de proceder no lo era. Por lo que recordaba, las normas iban cambiando cada pocos días. Las autoridades –la Asamblea Legislativa del Estado, el director, la Administración de la cárcel– no cejaban en el intento de mejorar la disciplina, de poner fin a la afluencia de contrabando, de controlar las bandas, de evitar que los internos –estafadores veteranos– siguieran estafando. Siempre había un nuevo impreso que rellenar, un nuevo lugar en el que depositar el dinero, las llaves, los teléfonos móviles..., todo lo que estaba prohibido en el talego. Siempre había otra puerta que cruzar, algún que otro nuevo método de registro.

Sin embargo, la atmósfera, el aire, la gente... eran eternos. Todo estaba recién pintado; los suelos resplandecían. No importaba. Podían fregar el suelo todo lo que quisieran. Con tantas personas encerradas en unos reductos tan pequeños, con un retrete al descubierto en cada celda, el ambiente estaba contaminado por el hedor de desechos humanos y otros efluvios peores, que al principio habían hecho que Arthur se sintiera ligeramente mareado, al igual que le había sucedido años atrás.

A medida que avanzaban por un pasillo de ladrillo y techo bajo, se fueron acercando a una puerta blindada de color verde. Sobre ella solo figuraban tres palabras: «Condenados a muerte». Una vez dentro, les condujeron al locutorio del abogado, que más bien no era una sala, sino dos, un espacio que no tenía más de metro y medio de ancho, dividido por una pared, y que en la mitad tenía un montaje que se asemejaba a la ventanilla de un banco: un cristal con una ranura metálica en la parte inferior para permitir que el abogado y su cliente pudieran pasarse papeles. A pesar de que violaba todos los principios de confidencialidad entre abogado y cliente, el sistema correccional había obtenido el derecho a tener un vigilante en una esquina del lado del prisionero.

Tras la ventana se encontraba Rommy Gandolph, un fantasma de piel oscura con el pelo enmarañado. Parecía empequeñecido bajo los pliegues del mono amarillo que solo llevaban los que habían sido condenados a muerte. Tenía los brazos encadenados y, por lo tanto, tuvo que usar ambas manos para asir el teléfono que le permitiría conversar con sus abogados. Desde el otro lado, Arthur descolgó el único auricular existente y lo sostuvo entre Pamela y él al tiempo que se presentaban.

—Son los primeros abogados de verdad que tengo —dijo Rommy—. Los demás eran abogados de oficio. Creo que quizá tenga una oportunidad, ahora que tengo abogados de verdad. —Rommy se acercó al cristal para explicar su difícil situación—. Soy el próximo Hombre Amarillo que va a recorrer el pasillo, ¿lo saben? Todo el mundo me observa, como si algo tuviera que ser diferente porque voy a morir muy pronto.

Pamela se inclinó de inmediato hacia la ranura y le dedicó unas palabras alentadoras. Le prometió que ese mismo día conseguirían una suspensión de la ejecución de la sentencia.

–Sí –dijo Rommy–, porque soy un hombre inocente. No he matado a nadie. Quiero que me hagan la prueba del «ADM», a ver si encuentran algo.

El ADN, lo primero en que siempre se pensaba, no le serviría de nada a Rommy, puesto que el Estado nunca había afirmado que hubiera dejado pruebas genéticas identificables en el lugar del crimen: sangre, semen, pelos, restos de tejido, ni siquiera saliva.

Sin previo aviso, Gandolph apuntó y repasó con el dedo extendido a Pamela.

–Eres tan guapa como imaginé por teléfono –le dijo–. Creo que tú y yo deberíamos casarnos.

Ligeramente aturdida, la sonrisa de Pamela se eclipsó de repente, ya que parecía darse cuenta de que Rommy era demasiado fervoroso.

–Un hombre debería casarse antes de morir, ¿no es verdad? –le preguntó Rommy–. ¿No te parece una buena idea?

«Estupendo –pensó Arthur–. Un rival».

–Si tú y yo nos casáramos –le sugirió Rommy–, podría obtener un permiso conyugal.

A juzgar por su rígida postura, eso no formaba parte de lo que ella consideraba una representación denodada. Arthur, que no había tenido ni la más remota idea de cómo empezar esa entrevista, cogió con rapidez la sentencia del juez Gillian Sullivan y el auto de procesamiento de 1992 que había condenado a Rommy a muerte, y comenzó a leerlos en voz alta.

–*Auga...* ¿qué? ¿De quién me está hablando? –preguntó Rommy Gandolph.

–Augustus Leonidis –respondió Arthur.

–¿Le conozco? –preguntó Rommy. Los párpados se le movían nerviosamente sobre los ojos cerrados al tiempo que se esforzaba por recordar el nombre.

–Es uno de los tres –añadió Arthur con tranquilidad.

–¿Qué tres?

—Los tres a quienes, según el Estado, usted mató. —«Que usted mismo confesó haber matado», pensó Arthur. Pero, por el momento, no había ninguna necesidad de complicar las cosas.

—¡Hum! —musitó Rommy—. Creo que no le conozco.

Rommy negó con la cabeza, como si se hubiera perdido un acto social. Gandolph se acercaba a los cuarenta. Tenía cierto matiz amarillento en los ojos y, según todos los indicios, la sangre de las Américas en las venas. En lenguaje actual, era negro, pero también parecía que en él hubiera sangre blanca, india e hispana. Tenía el pelo rizado y sin cortar, y le faltaban varios dientes; sin embargo, no era feo. Simplemente parecía que la locura le había hecho perder el rumbo. Al observar cómo los ojos de Rommy se movían de un lado a otro como si fueran bichos enloquecidos cerca de una luz, a Arthur no le extrañó que sus anteriores abogados hubieran basado su defensa en factores psiquiátricos. Si tenemos en cuenta cómo la gente solía entender el término «loco», no cabía duda de que Rommy Gandolph lo estaba. Con todo, no estaba lo bastante loco. Sociópata. Un caso dudoso de trastorno de personalidad, quizá incluso un esquizofrénico absoluto. Pero no estaba completamente perdido en la nada, no hasta el punto de haber extraviado el rumbo y de no ser capaz de distinguir el bien del mal, que era lo que exigía la ley para alegarlo en su defensa.

—No soy el tipo de hombre que mata a gente —añadió Rommy, como si se le acabara de ocurrir.

—Bien, le han condenado por haber asesinado a tres personas: Augustus Leonidis, Paul Judson y Luisa Remardi. Dicen que les disparó y que los dejó abandonados en el congelador.

El Estado también afirmó que había abusado de Luisa tras matarla, a pesar de que Rommy, probablemente debido a la vergüenza, se había negado a aceptar esa parte. La juez Sullivan, sin embargo, que había escuchado el caso